

**CLIVE BARKER**  
**EL LADRÓN DE DÍAS**



Harvey tiene diez años. A Harvey, como a todos los niños, le fastidia ir a la escuela; sobre todo en febrero, un mes muy tonto, de clima pésimo y sin buenas fiestas. Conoce entonces a Rictus, un simpático hombrecillo que le ofrece la solución a su problema: la casa de vacaciones del señor Hood, donde siempre es fiesta. Harvey no lo duda. ¡Qué maravilla es la casa del señor Hood! Cada día se despierta en primavera, come en un plácido verano, disfruta de juegos hogareños en la tarde de otoño y goza de los entrañables ritos navideños antes de irse a dormir. Tan perfecto... que es demasiado perfecto. Harvey es un chico listo. Descubre cosas y tiene que huir de allí. Y eso no es —también va a descubrirlo— fácil.

*El ladrón de días* recupera la tradición del cuento infantil, en el que la tragedia, el paisaje mágico y la satisfacción se entremezclan. Una obra sorprendente, pletórica de imaginación. Tan apasionante y aparentemente ingenua como, en el fondo, cuidadosamente pensada.



## I

*Harvey medio  
devorado*

Febrero, la gran bestia se había tragado vivo a Harvey Swick. Ahí estaba, enterrado en la barriga de aquel horrible mes, sin saber cómo ni cuándo encontraría el camino de salida para recorrer la fría espiral que conducía a Pascua.

No pensaba mucho en las probabilidades. Lo cierto era que se hallaba tan cansado, a medida que se acumulaban las horas, que simplemente pensaba que algún día se olvidaría de respirar. Luego, la gente se preguntaría cómo aquel lindo muchacho había perecido en el alba de la vida. Su muerte se convertiría en un sonado misterio que no podría resolverse hasta que algún gran detective decidiera reconstruir un día en la vida de Harvey.

Luego, y solamente luego, se descubriría la triste verdad. Ante todo, el detective seguiría el camino que todas las mañanas hacía Harvey para ir a la escuela, atravesando funestas calles. Luego se sentaría al pupitre de Harvey y escucharía los pesados rollos del profesor de historia y del de ciencias, asombrándose del heroísmo de aquel muchacho que *había* sabido mantener en todo momento los ojos abiertos. Al consumirse el día, ya al oscurecer, recorrería el camino de regreso a casa, y cuando pusiera el pie en el es-

calón del cual había partido aquella mañana y la gente le preguntara —como así lo haría— por qué una dulce criatura como Harvey había muerto, movería la cabeza, diciendo:

—Es muy simple.

—¿Ah, sí? —preguntaría la gente con curiosidad—. Explíquese.

Y, quitándose una lágrima, el detective respondería: —Harvey Swick fue devorado por una gran bestia llamada Febrero.

Fue un mes monstruoso, esto es seguro. Un horrendo y espantoso mes. Los placeres de Navidad, a la vez desabridos y dulces, todavía empañaban la memoria de Harvey, y la promesa del verano era tan remota como mítica. Habría entretanto la pausa de primavera, es cierto, pero ¡cuan lejos estaba! ¿Cinco semanas? ¿Seis? Las matemáticas no eran su fuerte, por lo que se atormentó todavía más intentando —y fallando— el cálculo de los días que faltaban. Él, simplemente sabía que mucho tiempo antes de que el sol viniera a salvarle se consumiría en la barriga de aquel monstruo.

—No deberías perder el tiempo ahí sentado —dijo su madre cuando entró en su habitación y le encontró observando cómo las gotas de agua se alcanzaban unas a otras en el cristal de la ventana.

—No tengo nada mejor que hacer —respondió Harvey, sin mover la cabeza.

—Bien, podrías hacer algo útil —dijo la madre.

Harvey se encogió de hombros. ¿Útil? Otra palabra que sonaba a trabajo duro. Se volvió de repente, poniendo en orden sus excusas —él no había hecho esto, no había hecho aquello—, pero era ya demasiado tarde.

—Podrías empezar arreglando esta habitación —dijo su madre.

—Pero...

—No te quedes ahí sentado dejando pasar los días, querido. La vida es demasiado corta.

—Pero...

—Eres un buen chico.

Y así le dejó. Musitando algo para sí mismo, su vista recorrió la habitación. ¿Arreglarla? En realidad no estaba des-  
arreglada. Había uno o dos juegos tirados por el suelo; un par de cajones abiertos; unas cuantas prendas colgadas... Su aspecto era correcto.

—Tengo diez años —se dijo a sí mismo (al no tener hermanos ni hermanas hablaba mucho consigo mismo)—: Quiero decir que ya no soy un niño. No tengo que arreglar la habitación sólo porque ella lo diga. Es insoportable.

Harvey ya no estaba musitando; estaba hablando en voz alta.

—Quiero... Quiero... —Fue hacia el espejo y se miró de hito en hito—. ¿Qué es lo que quiero? —Aquel niño chato, de pelo pajizo y ojos pardos que vio ante él, sacudió la cabeza—. No sé lo que quiero —dijo—, sólo sé que quiero morir si no me divierto un poco.

Mientras hablaba, la ventana rechinó. Fue una ráfaga de viento. Hubo otra, y después otra. Harvey no recordaba que la ventana estuviera abierta ni siquiera unos centímetros; y, sin embargo, se abrió de golpe. La fría lluvia salpicó su cara. Cerrando un poco los ojos fue a la ventana y la cerró, asegurándose de que el cerrojo estuviera esta vez en su sitio.

El viento había empezado a mover la lámpara; y cuando ésta se dio la vuelta, toda la habitación pareció girar. La luz le deslumbró un instante; luego dio directamente en la pared opuesta, pero entretanto había iluminado el centro del cuarto y allí, de pie, sacudiéndose la lluvia del sombrero, había un intruso.

Parecía inofensivo. No era más que unos quince centímetros más alto que Harvey, de complexión esquelética y piel amarillenta. Llevaba un traje de fantasía, gafas y una pródiga sonrisa.

—¿Quién es usted? —le preguntó Harvey, sin saber cómo aquel entrometido había podido atravesar la puerta.

—No te pongas nervioso —respondió el hombre, quitándose uno de sus guantes de gamuza y cogiendo, acto seguido, la mano de Harvey para estrechársela—. Mi nombre es Rictus. Tú eres Harvey Swick, ¿verdad?

—Sí...

—Pensé por un momento que me había equivocado de casa.

Harvey no podía apartar los ojos de la sonrisa de Rictus. Era lo bastante ancha para avergonzar a un tiburón, con dos filas de fulgurantes dientes perfectamente alineados.

Rictus se quitó las gafas, sacó un pañuelo del bolsillo de su empapada chaqueta y empezó a limpiarlas de las gotas de lluvia. El olor que despedía, él o el pañuelo, no podía llamarse precisamente fragancia. En realidad era flatulento.

—Tendrás algunas preguntas que hacerme. Lo veo —dijo Rictus a Harvey.

—Sí.

—Pues pregunta. No tengo nada que esconder.

—Bien; en primer lugar, ¿cómo entró usted aquí?

—Por la ventana, naturalmente.

—Hay un buen trecho desde la calle.

—No, si puedes volar.

—¿Volar?

—Ya lo creo. ¿Qué otra cosa podía hacer en una nochecita como ésta? Los que somos bajitos tenemos que andar con cuidado en una noche así. Un paso en falso y te encuentras nadando. —Mirando a Harvey, en plan guasón, añadió—: ¿Tú nadas?

—En verano, algunas veces —respondió Harvey, deseando volver al tema del vuelo.

Pero Rictus orientó la conversación en un sentido totalmente distinto.

—En noches como ésta —dijo—, ¿no te parece como si nunca pudiera haber otro verano?

—Efectivamente —dijo Harvey.

—Te he oído suspirar a más de un kilómetro de distancia y me dije: «Allí hay un chico que necesita unas vacaciones». —Consultó su reloj—. Si estás dispuesto, ya es la hora.

—¿La hora?

—¡Para emprender un viaje, muchacho, un viaje! Necesitas una aventura, jovencito. En algún lugar... fuera de este mundo.

—¿Cómo puede haberme oído suspirar a más de un kilómetro de distancia? —quiso saber Harvey.

—¿Por qué ha de preocuparte? Yo te oí. Esto es lo que importa.

—¿Se trata de alguna forma de magia?

—Puede.

—Y ¿por qué no me lo explica?

Rictus miró a Harvey fijamente.

—Creo que eres demasiado inquisitivo para tu bien, he ahí el porqué —dijo, dejando decaer un poco su sonrisa—. Si no quieres cooperar, por mí no hay inconveniente.

Hizo un movimiento hacia la ventana. El viento todavía golpeaba los cristales, como si tuviera ganas de volver y llevarse a su pasajero.

—Espere —dijo Harvey.

—¿Para qué?

—Lo siento. No haré más preguntas.

Rictus se detuvo, con la mano en el cerrojo.

—No más preguntas, ¿eh?

—Lo prometo —dijo Harvey—. Ya le dije que lo siento.

—Si, lo dijiste, lo dijiste. —Rictus miró hacia afuera donde persistía la lluvia—. Conozco un lugar donde los días



son siempre soleados —dijo— y las noches llenas de maravillas.

—¿Puede llevarme allí?

—Dijiste que no harías preguntas, muchacho. Lo hemos acordado.

—Oh, sí, lo siento.

—Soy de los que perdonan y olvidaré que has hablado. Te lo contaré: si quieres, haré la gestión por ti. Trataré de averiguar si hay habitación para otro huésped.

—Estupendo.

—No te garantizo nada —dijo Rictus, abriendo el cerrojo.

—Lo comprendo.

Una racha de viento abrió de súbito la ventana de par en par. La luz empezó a moverse locamente.

—¡Espérame! —gritó Rictus entre la lluvia y el viento.

Harvey empezó a preguntar si volvería pronto, pero se detuvo a tiempo.

—¡Sin preguntas, muchacho! —dijo Rictus.

Y mientras hablaba, el viento parecía hinchar su chaqueta, que se levantó a su alrededor como un globo negro que fue engullido de golpe por encima de la repisa.

—¡Las preguntas torturan la mente! —gritó mientras se alejaba—. ¡Mantén tu boca cerrada y ya nos veremos cuando sea tu turno!

Y con esto, el viento se lo llevó; el globo de su chaqueta elevándose como una luna negra en el cielo lluvioso.



## II

*El camino oculto*

Harvey no dijo nada acerca de su peculiar visitante, ni a su madre ni a su padre, por si se les ocurriera poner cerraduras en las ventanas a fin de evitar el retorno de Rictus a la casa. Pero el problema, aun manteniendo en secreto la visita, era que, después de unos pocos días, Harvey empezó a dudar de si todo aquello había sido producto de su imaginación. Tal vez se hubiera quedado dormido junto a la ventana, pensó, y entonces Rictus habría sido sólo un sueño.

No obstante, mantuvo la esperanza. «Espérame», había dicho Rictus, y era lo que Harvey hacía. Observaba por la ventana de su habitación. Estaba atento desde su pupitre, en la escuela. Incluso por la noche vigilaba con un ojo mientras su cabeza descansaba en la almohada. Pero Rictus no aparecía.

Y luego, una semana después de la primera visita, precisamente cuando la esperanza de Harvey se iba desvaneciendo, su vigilancia fue recompensada. En su camino a la escuela, una mañana de niebla, oyó una voz por encima de su cabeza, y cuando la levantó vio a Rictus flotando con la chaqueta hinchada a su alrededor, lo que le daba un aspecto más gordo que el de un cerdo premiado.

—¿Qué tal? —dijo, mientras descendía.

—Ya empezaba a pensar que te había inventado —respondió Harvey—. Ya sabes, como un sueño.

—Ya he oído eso —dijo Rictus con su sonrisa más ancha que nunca—. Particularmente de las señoras. ¿Eres un hecho o eres un sueño hecho realidad?, dicen. —Pestañeó—. Y ¿quién soy yo para decir lo contrario? ¿Te gustan mis zapatos?

Harvey miró los brillantes zapatos azules de Rictus. Eran todo un espectáculo, y así se lo dijo.

—Me los ha dado mi jefe —dijo Rictus—. Está muy contento de saber que vienes a visitarnos. Entonces, ¿estás dispuesto?

—Bueno...

—No perdamos tiempo —dijo Rictus—. Puede que mañana no haya habitación para ti.

—¿Puedo hacer sólo una pregunta?

—Creí que habíamos acordado...

—Ya lo sé. Pero solamente una.

—Está bien. Una.

—Ese lugar ¿está lejos de aquí?

—No. Al otro lado de la ciudad.

—¿Así que sólo faltaré a la escuela un par de horas?

—Esto son dos preguntas —respondió Rictus.

—No, solamente pensaba en voz alta.

Rictus gruñó.

—Mira —dijo—, no estoy aquí para cantar y bailar a fin de persuadirte. Tengo un amigo llamado Jive que sí lo hace. Yo sólo sonrío. Sonrío y digo: «Ven conmigo a la casa de vacaciones». Y el que no quiera venir... —se encogió de hombros y aclaró—: Bueno, es su problema.

Con esto volvió la espalda a Harvey.

—Espera —protestó Harvey—. Quiero ir. Pero sólo un rato.

—Puedes estar tanto tiempo como quieras —respondió Rictus—. O tan poco como quieras. Yo, lo que quiero es sacar de tu cara esa expresión de malhumor y poner, allí arriba, una como ésta. —Su sonrisa se hizo aún más ancha—. ¿Es esto algún crimen?

—No —respondió Harvey—. No es un crimen. Me alegro de que me hayas encontrado.

De manera que, aun faltando a la escuela toda la mañana, pensó, no perdería gran cosa. Puede que incluso pudiera coger una o dos horas de la tarde; siempre que estuviera de vuelta a casa hacia las tres, o las cuatro. En todo caso, antes de oscurecer.

—Estoy dispuesto a ir contigo —dijo a Rictus—. Conduceme.

Millsap, la ciudad en que Harvey había vivido toda su vida, no era muy grande, y él creía haberlo visto todo de ella a lo largo de los años. Pero las calles que conocía quedaron pronto detrás de ellos, y aunque el paso de Rictus era normal, Harvey procuró hacerse una lista mental de varios puntos de referencia durante el camino, por si tuviera que regresar solo. Una carnicería con dos cabezas de cerdo colgando de unos ganchos; al lado, una iglesia con un patio lleno de tumbas antiguas; la estatua ecuestre de algún general muerto, cubierta de excrementos de paloma, de la gorra a los estribos. Todas estas señales, y más, fue anotándolas y archivándolas.

Y mientras andaban, Rictus no cesó de hablar de cosas fútiles.

—¡Odio la niebla! ¡La detesto de verdad! —dijo—. Y por la noche va a llover. Nosotros estaremos libres de esto, desde luego... —Prosiguió hablando de la lluvia y del estado de las calles—. Mira esta basura. ¡Todo el suelo está igual! ¡Es una vergüenza! ¡Y el barro! ¡Me está dejando los zapatos hechos un asco!

Tenía muchas más cosas de que hablar, pero ninguna de ellas muy ilustrativa; de modo que, al cabo de un rato, Harvey decidió no escucharle. ¿Estaba muy lejos aquella casa de las maravillas?, empezó a pensar. La niebla helaba su

cuerpo y las piernas le dolían. Si no iban a llegar pronto, se volvería.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Rictus.

—Apuesto a que no.

—Estás pensando que todo esto es una trampa. Estás pensando que Rictus te lleva a un viaje misterioso y que al final no hay nada de lo dicho. ¿No es verdad?

—Puede que un poco.

—Pues bien, amigo mío; tengo noticias para ti. Mira al frente. —Señaló con el dedo y allí, no muy lejos de donde estaban, había una pared alta y tan larga que desaparecía en la niebla, tanto a derecha como a izquierda—. ¿Qué es lo que ves? —preguntó Rictus.

—Una pared —respondió Harvey, aunque cuanto más la miraba menos cierto estaba de ello.

Las piedras, completamente sólidas a primera vista, ahora parecían desplazarse y ondear, como formadas de la misma niebla; como puestas allí para mantener alejados a los curiosos.

—Parece una pared —aclaró Harvey—, pero no es una pared.

—Eres observador —respondió Rictus con admiración—. La mayor parte de la gente ve un camino sin salida y gira en redondo para tomar otra calle.

—Pero no nosotros.

—No, no nosotros. Nosotros seguimos andando. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque la casa está al otro lado?

—¡Qué chico tan asombroso eres! —respondió Rictus—. Esto es exactamente. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Estoy a punto de caerme.

—Bien; pues hay una mujer esperándote en la casa, la señora Griffin, y permíteme decirte que es la mejor cocinera del mundo. Lo juro sobre la tumba de mi sastre. Cualquier cosa que te apetezca comer puede preparártela. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo. Sus huevos a la dia-

bólica... —chasqueó los labios como saboreando—. ¡Suculentos!

—No veo ningún portal —observó Harvey.

—Es porque no hay ninguno.

—Pues, ¿cómo vamos a entrar?

—Tú sigue andando.

En parte por el hambre y en parte por curiosidad, Harvey hizo lo que Rictus le había dicho y cuando estuvo a tres pasos del muro, una ráfaga de viento balsámico con fragancia de flores se deslizó entre las trémulas piedras, como besando sus mejillas. Su calor se agradecía después de tan largo y frío camino. Harvey acortó el paso tratando de tocar la pared al acercársele ésta. Las piedras de niebla parecían acogerle, abrazándole con sus suaves y grises brazos e introduciéndole al recinto a través del muro.

Miró hacia atrás, pero la calle que había pisado antes, con su pavimento gris y sus nubes grises, ya se había esfumado. Bajo sus pies, la hierba era alta y poblada de flores. Por encima de su cabeza, el cielo era de color veraniego y frente a él, en la cima de una pendiente, estaba la casa que con toda seguridad había sido antes imaginada en un sueño.

No esperó a comprobar si Rictus venía tras él ni preocuparse de cómo había sido muerta la gran bestia gris de Febrero, ya que este cálido día había aparecido en su lugar. Simplemente soltó una risa de la que Rictus habría estado orgulloso y se apresuró a subir la pendiente, introduciéndose en la sombra de la casa de los sueños.